

LA “ZONA OSCURA” EN LA ECONOMÍA DE LOS PUEBLOS POCO DESARROLLADOS

Por el Dr. Manuel SANCHEZ SARTO, Profesor de la Escuela Nacional de Economía.

INTRODUCCIÓN

DESDE HACE TIEMPO vengo sintiendo la necesidad de meditar sobre el siguiente tema: las cifras globales del ingreso nacional, y las confrontaciones internacionales de las mismas, son sólo indicativas del progreso económico colectivo registrado en las respectivas áreas, pero a veces encubren notables fenómenos de estancamiento o regresión del ingreso en determinados sectores parciales de las mismas.

El motivo fundamental de los equivocados juicios a que tales confrontaciones se prestan, consiste, a mi juicio, en tomar como única base de apreciación y comparación los datos globales del ingreso, es decir, el agregado —que se expresa en puras unidades monetarias—, del esfuerzo productivo de todos los sectores económicos de cada país. Escasos son, en cambio, los intentos orientados a dilucidar: 1) cuál es el peso de cada uno de los factores de generación del ingreso; 2) en qué forma se distribuye el ingreso nacional entre quienes contribuyen a formarlo; 3) qué magnitud tienen los núcleos de población que no contribuyen a ese ingreso total; 4) cuál es la permanencia de ese fenómeno y sus probabilidades de reducirse o acabarse; 5) en qué medida esos sectores submarginales imprimen caracteres típicos a la economía del país respectivo. Se suscita con ello un problema netamente estadístico, con profundas implicaciones culturales y sociales. Objeto de este ensayo es llamar la atención sobre ese interesante punto y abrir una senda que pueda conducirnos, ulteriormente, a un estudio más completo del tema.

No niego la utilidad de la pura medición global, cuantitativa, pero, en mi opinión, al detenernos en ella estamos retardando el acceso a la esencia del problema: la apreciación del progreso económico real, tradu-

cido en la elevación del nivel de las grandes masas, objetivo último de la política de *fomento económico*.

Quiero salir desde ahora al paso de un reparo muy razonable: si en la burda apreciación de los datos globales nos hallamos aún con fallas tan graves de información ¿cuánto mayores no serán los inconvenientes cuando se trate de adquirir precisiones mayores? La dificultad existe, sin duda, pero el interés social y cultural de un nuevo y más correcto enfoque justifica de sobra el intento, y explica la impaciencia de algunos economistas ante la exigüidad de los progresos logrados, al respecto.

No me propongo, tampoco, en este provisional trabajo, cubrir todos los campos de posible exploración, ni siquiera enunciarlos. Mi preocupación principal consiste en apuntar varias opiniones relativas a uno de los sectores nacionales deficientemente valorados al estimar el ingreso nacional: me refiero a lo que yo denomino la *zona oscura* de nuestras economías poco desarrolladas. Es decir, aquellos núcleos de población —más fáciles de advertir que de cuantificar— que permanecen esencialmente en un régimen de *autosuficiencia económica*, sin enviar al mercado productos excedentes ni participar, por tanto, en la corriente circulatoria y en los beneficios indudables del sistema monetario y del progreso técnico.

Recientes investigaciones de algunos destacados especialistas, dedicados al estudio del ingreso nacional, otorgan singular interés a ese problema, así como al de otros grupos *crepusculares* o intermedios, en los cuales se dan claramente fenómenos de subocupación. Es una opinión generalizada en nuestros países la de que sus zonas oscuras se hallan por fortuna en trance de rápida liquidación: a consecuencia, sobre todo, de dos factores, el progreso en materia de comunicaciones y transportes, por un lado, y los esfuerzos desarrollados para extirpar el analfabetismo y difundir la cultura general y técnica, por otro, se supone que las economías cerradas, en nuestros pueblos, van dejando de serlo, e incorporándose al sistema de mercado, económica e intelectualmente.

Otros investigadores no ven con tanto optimismo ese proceso de recuperación demográfica y económica. Les alarma el hecho del crecimiento absoluto de las poblaciones indígenas, aisladas por el uso exclusivo de idiomas autóctonos, y anuladas por su fatal permanencia en un género tradicional de vida, regido por módulos de un inverosímil subconsumo.

Para quienes ese problema humano, a pesar de su hondura, es secundario frente al del crecimiento colectivo del ingreso nacional, la cuestión que nos preocupa es intrascendente, y su dilación en resolverla, o al menos en plantearla, en nada merma el ritmo general del *fomento econó-*

mico: antes bien, en esa creciente desigualdad con que se efectúa la repartición de la renta nacional, en la acumulación de altos ingresos en manos de un número cada vez más reducido de individuos, encuentran la mejor garantía para mantener y acelerar el ritmo de avance de nuestros pueblos poco desarrollados.¹

Pero no es, sólo, un ejercicio de contabilidad el planteado con este caso. Numerosos países del mundo ofrecen el triste espectáculo de una simbiosis de extrema miseria y altísimos niveles de vida. Precisamente en nuestros países atrasados, el proceso que elevó unas reducidas capas sociales, sencillas y sobrias hace pocos decenios, al disfrute de los más elevados refinamientos de la civilización, ha sido tan brusco, y mantiene tan pujante el hecho diferencial, que el desnivel entre esos grupos selectos y las grandes masas se acusa cada vez más, incubando motivos de inquietud social y perturbaciones políticas.

Voces muy autorizadas en el campo de la ciencia y en el de la acción político-social se han alzado recientemente llamando la atención sobre el problema. Para que las grandes masas de nuestros pueblos jóvenes vean disipadas sus inquietudes sociales hace falta que los progresos promovidos y logrados por los gobiernos no sean patrimonio de estrechos núcleos de privilegiados. Una aplicación de la "teoría de la espera" a este caso sería perfectamente inteligible para quienes de ella pueden obtener un beneficio más alto que el del disfrute inmediato de ciertos recursos redundantes; pero cuando la renunciación afecta al mínimo de subsistencia, cuando la espera, prolongada, puede significar la ruina económica o la muerte misma, no hay razón que obligue a realizarla sin protesta, ni poder político bastante para imponerla a millones de seres.

¹ Cf. JAVIER MÁRQUEZ, *Canalización de las inversiones hacia el desarrollo económico en América Latina*. "El Trimestre Económico". México, D. F., vol. XVIII, No. 1, enero-marzo de 1951, pág. 5 y ss.: "Si los ingresos son bajos, como consecuencia de una baja productividad, la capacidad de ahorro será igualmente baja. Tal afirmación requiere, sin embargo, en el caso de la América Latina, una importante salvedad, a saber: que la exigüidad del ingreso se compensa en cierto grado por su desigual distribución. Los ahorros son así superiores a lo que el promedio de los ingresos podría sugerir. Mientras más desigual sea la distribución de la riqueza, esto es, mientras más se concentre en pocas manos, más sencillo es el proceso de transformación del ahorro en inversiones." De ello parece inferirse que si el ingreso estuviera más equitativamente distribuido, el ahorro nacional sería más reducido, la inversión menos cuantiosa, y el ritmo de desarrollo económico más lento. Pero ¿es que nuestros pueblos hispanoamericanos no pueden asegurar un ritmo aceptable de progreso sino a costa de mantener una creciente desigualdad del ingreso?

El desarrollo económico como sistema y acción de gobierno, la planeación racional de la economía de un país pueden registrar éxitos aparentes, parciales o temporales, si sólo atienden a las reclamaciones y demandas de un sector de la población; pero únicamente tendrán consistencia y duración cuando sus efectos trasciendan a la gran mayoría de ella.

I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

1. *Validez de los "per capita" como índice del desarrollo económico efectivo.*—En un reciente estudio hecho por Gottfried Haberler como nota de homenaje obituario a Schumpeter, se alude a un trabajo presentado por éste en el Seminario del famoso estadístico H. Th. von Inama-Sternegg, en el curso 1903-4. Schumpeter cita con gran elogio, en esa comunicación, una curiosa advertencia de Forsell a los investigadores: "Cuidado con los promedios estadísticos"; y ciertamente, esa precaución fue una de las obsesiones metodológicas durante toda su vida. En efecto, el ámbito de los datos promediados depende del arbitrio de quien los maneja; otro tanto ocurre con los números índices, donde la elección de la base, hecha con habilidad o malevolencia, puede atribuir a la serie, a ella referente, una significación que, en el fondo, no posee. Un gobernante puede afirmar que el índice del costo de la vida ha subido muy poco en un determinado año de su administración, y concluir sobre ese fundamento que su gestión fue satisfactoria, mientras en otros países el porcentaje de incremento fue mayor, en el mismo período. Pero acaso en estos últimos se registraba por vez primera un aumento, después de un largo período de estabilidad, mientras que en aquél hacía años que venía registrándose un nivel elevadísimo, y, por tanto, con muy leves posibilidades de ser rebasado.

Con la misma prudencia cautelosa deben tratarse los *per capita*, recurso dilecto de la estadística económica contemporánea, guarismos en cuya frialdad viene a naufragar la cálida vida de los hechos económicos.

Para quienes cultivan la historia económica, la *capitatio* trae reminiscencias poco gratas: fue, en sustancia, desde Roma,² símbolo de cómo

² Con lejanos precedentes la hallamos perfeccionada hasta la maldad en tiempos de Diocleciano, en el gravamen de la población urbana, la llamada *capitatio plebeia*, impuesto al cual estaban obligados por igual sin distinción de clase los que no hacían prestaciones en especie (*annona*), en aquellos tiempos de fuerte devaluación monetaria.

en la igualdad matemática se puede ocultar la más irritante desigualdad fiscal. Establecida con una enojosa uniformidad sobre todos los ciudadanos, no exonerados por el privilegio de clase, en Inglaterra, desde 1377; en Francia desde 1695; en Rusia por Pedro el Grande desde 1718, sobrevive todavía en la mayoría de Estados de la Unión norteamericana (aunque con un carácter meramente complementario, para buscar en sus últimos reductos a los omisos del impuesto sobre la renta):³ con la derivación discriminatoria de que algunos de esos Estados hacen del pago de dicho impuesto un requisito previo para el ejercicio del derecho al voto, y aun mantienen el principio de la conmutación del impuesto por trabajos personales en las carreteras, reliquia actual de las lejanas corveas medievales.

Cuando construimos y manejamos los *per capita*, constituyéndolos en base de una caracterización económica o en justificación de una política determinada, estamos operando con el mismo sentido de injusticia aplicada sin miramientos por los fiscalistas de lejanos tiempos. Los recaudadores de contribuciones buscaban al causante en cualquier ciudadano, por su simple condición de persona, sin considerar su capacidad de pago o, en otro nivel, el distinto uso que hacía de la protección jurídica, o de otros servicios del Estado. Así ocurre también, en otro plano, con los *per capita*: se habla, por ejemplo, del *per capita* de consumo de flúido eléctrico, mezclando en una heterogénea suma lo mismo al habitante de una lujosa zona residencial urbana que al indígena cuyo hogar permanece oscuro o a lo sumo se alumbra con una candela prehistórica; se alude con notoria sinrazón al *per capita* de inversión de un país, midiendo por un mismo rasero al privilegiado rentista cuyo ingreso le permite subvenir con largueza a sus necesidades vitales, ahorrar e invertir, que al mísero campesino cuya milpa o conuco apenas si le permite malvivir al día; ser desdichado que ignora la existencia de las propensiones a ahorrar e invertir, ideas tan caras a aquellos economistas cuya terminología es una estrecha capa que sólo cubre una pequeña parte de la población, en los países poco desarrollados.

¿Desde cuándo se han sumado entidades tan heterogéneas como los *have* y los *have not*? ¿Qué sentido tendrá hablar del *per capita* del consumo de harina de trigo, en un país, cuando una parte considerable de

³ La Declaración Constitucional de Derechos del Estado de Maryland contiene la siguiente frase: "La recaudación de impuestos por vía de capitación es afrentosa y opresiva y debe ser prohibida." Sin embargo, sólo el referido Estado, y los de Ohio, Oregón y Utah la tienen constitucionalmente abolida. Cf. HARLEY LEIST LUTZ, *Public Finance*. 4a. edición, Nueva York, 1947, pp. 359 y ss.

su población no la consume en absoluto? ¿Por qué hablar del *per capita* del consumo de acero respecto de una nación, cuando en el cómputo se incluyen ciertos grupos raciales que no han pasado de la época neolítica?

Se dirá que esos números de caracterización, los *per capita*, son útiles para las confrontaciones internacionales, referidas a un mismo período, y aun para registrar, con respecto a un mismo país, las etapas sucesivas de su desarrollo económico.

Ello no excusa la necesidad de delimitar las zonas donde, en efecto, se registran los respectivos fenómenos económicos, y, correlativamente, aquellas otras donde nunca acaecen. Es decir: en vez de diluir las zonas oscuras en una gran masa nacional amorfa, sin perfiles ni relieves, interesa iluminarlas, conocer su magnitud, precisar su participación efectiva o la falta de ella, en la economía nacional, mostrando su incomunicación cuando existe, sus ventajas e inconvenientes en las posibles relaciones de cambio interno, su reactividad frente a las crisis endógenas y exógenas, su capacidad de absorción para los grupos marginales de la economía de mercado, sus procesos de desintegración espontáneos e inducidos, en una palabra su propia biología funcional y las limitaciones con que choca su incorporación definitiva a las economías de nuestros pueblos atrasados.

Cuencas y comarcas dejarán de ser, así, convencionales unidades de homogeneidad sólo aparente, y vendrán a constituirse en lo que realmente son: zonas contiguas y dispares, necesitadas de un tratamiento planificador, de grado, profundidad y significación distintos. En la apreciación de esos desniveles y en el establecimiento de corrientes y contracorrientes compensadoras, o en el señalamiento y esterilización de los manchones definitivamente irre recuperables ⁴ quedarán perfectamente delimitados los programas de planificación dotándolos de una elasticidad y de una eficiencia de que hoy carecen.

⁴ Señalemos de pasada un fenómeno extremo. Existen pueblos primitivos e inaccesibles a los avances de la cultura moderna, a veces en zonas cuyo perímetro está constituido por vías de comunicación. El Ing. Guillermo Salazar Viniestra los denomina "pueblos remontados" (yo diría "enquistados") y los define diciendo que son localidades "que no sólo han quedado excluidas de los beneficios de la red de comunicaciones construida hasta aquí, o en vía de construcción, sino que habrán de quedar excluidos también de todo plan futuro a realizar según las normas técnicas en uso, y que razonablemente pueda llevarse a la práctica." Referencia obtenida —con autorización del autor— de una investigación preparada para el Banco de México, bajo el título de "Estudio de un sistema de caminos vecinales para acceso a los pueblos 'remontados' de la República." México, D. F., 1951 (inédito).

Muy bien se explica que las filosofías planificadoras, procedentes —en el mundo democrático— de los países donde, casi sin resto, las tierras y poblaciones de la nación entera se ofrecen abiertas a los avances de la economía y de la cultura, se hayan infiltrado en nuestros poco desarrollados países bajo el falso supuesto de que también nuestros territorios y nuestros hombres presentan la misma permeabilidad a ideas, técnicas e instituciones. Restituir el problema a sus justos términos no significa una regresión, sino el asentamiento de bases firmes para un mejor y más seguro avance.

Convertir los *per capita* en índice expresivo, siquiera imperfecto, del desarrollo económico, implica, por lo menos, una generalización aventurada. El más somero examen nos permitirá apreciar cómo tales índices oscilan caprichosamente al compás de las cambiantes coyunturas, sin que permitan adquirir una idea clara de los factores verdaderamente estructurales, y mucho menos basar en ellos programas de fomento. Así confundimos con frecuencia ciertos progresos pasajeros con logros definitivos: posiciones favorables a las cuales se ha llegado por el impacto de fuertes presiones externas, lucen como si fueran progresos logrados por la pericia de los gobernantes o por la pujante vitalidad de los pueblos. Pasan aquellas circunstancias excepcionales donde se creó el clima artificial para un fuerte avance y, retornando la normalidad, las posiciones se liquidan con pérdida: volvemos, así, en realidad a un nivel anterior y más bajo, en cuanto a la efectividad del progreso, con la desventaja de que un caudal de bienes acaso estacionario se negocia ahora con ingresos nominales situados a un nivel más alto, haciendo gigantesco y pesado el mecanismo de la circulación monetaria, que antes operaba en estratos inferiores, sin innecesarios rozamientos y perturbaciones.

Manejados con habilidad, esos números relativos y las series que con ellos se forman, pueden cohonestar políticas contradictorias, sobre todo las de los países más progresivos. Con esos números, en su actual factura, puede justificarse que un gran país cierre las compuertas del ingreso de capitales a pueblos poco desarrollados, cuyos *per capita* han alcanzado un nivel relativamente satisfactorio, o inundarlos de "ayuda técnica", por razones menos loables que la de hacerles partícipes de los progresos de la civilización. En cualquier caso llega a manifestarse un enajenamiento de la independencia económica para los pueblos "a remolque", pendientes de las presiones exógenas.

2. La "zona oscura" de la economía.—Es un fenómeno perfectamente

estudiado en el aspecto histórico el de la coexistencia⁵ de núcleos de población que viven total o preferentemente en un régimen de "economía natural", y otros que se mueven, en distintos grados, dentro de la "economía monetaria." Para el historiador de la Economía, ciertas etapas culturales, sobre todo en los inicios de la Edad Media, giraron, casi sin distinción de clases sociales, dentro del primero de esos dos círculos.

Conocida es la gráfica expresión de Carlos Marx cuando afirmaba que las necesidades del primitivo mundo feudal eran tan reducidas, incluso para los señores, que encontraban su límite "en las paredes del estómago." La ausencia de una división del trabajo, y la falta de mercados permanentes o periódicos donde pudieran intercambiarse, en un régimen de puro trueque, o con la intervención del dinero los excedentes de la producción familiar, hacían innecesaria para las gentes de condición servil la creación de bienes más allá de lo necesario para el propio consumo y para el pago, al señor, de modestas prestaciones en especie.

Incluso los titulares del poder feudal, sin una genuina actividad productiva, limitaban sus exacciones de los vasallos a los suministros necesarios para la subsistencia de sus propias familias, su burocracia incipiente y sus pequeñas mesnadas. Una mayor acumulación seguramente hubiera creado dificultades de almacenamiento, complicadas con el deterioro de productos perecederos y con la posible explosión de brotes epidémicos. Que efectivamente reinaba esa tónica de "autoconsumo" y que el nivel de éste corría junto al lindero del "mínimo de subsistencia", incluso para las altas jerarquías sociales, lo prueba la frecuencia con que se presentaba el hecho fiscal de las "cortes ambulantes", cuyo paso por las localidades de la zona a la cual se extendía su imperio, significaba un verdadero azote, una perturbación económica de perdurables efectos para los pueblos visitados.

Tenues como eran los vínculos políticos y sociales —después de desaparecida la rígida y profunda centralización del Imperio romano— cada unidad económica vivía virtualmente como una entidad cerrada, sobre todo en los distritos rurales, donde la disposición de las granjas o *pagi* creaba una situación de aislamiento sólo interrumpida por el azar de las invasiones o la breve celebración de fiestas comarcales. Tanto en esa época primitiva como en las culturas naturales de nuestro tiempo se dan en toda

⁵ El estudio de ese fenómeno cuenta con una copiosísima literatura. Cf. RUDOLF KÖTZSCHKE, *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters* (Historia económica general de la Edad Media). Jena, 1924; J. H. Clapham, *Economic History of Modern Britain*. Londres, 1923, y sobre todo Alfons Dopsch, *Economía natural y Economía monetaria*. México. 1943.

su pureza los tipos de autosuficiencia e incomunicación a que en teoría se refiere Johan Heinrich von Thünen: ⁶ carecemos, en cambio, de datos precisos sobre la amplitud, intensidad y duración del fenómeno.

El tránsito al sistema predominantemente monetario no significó, ni mucho menos, la liquidación de las formas económicas anteriores. Sin embargo para los historiadores resulta claro que la nueva organización viene a representar, en sustancia, el acceso a una etapa nueva, el logro de un avance en el camino de la evolución. Quedó encubierta e ignorada, desde entonces, la supervivencia de las formas primitivas, y todo el interés de los investigadores se centró en la importancia cardinal del dinero. Gracias a este símbolo de la capacidad adquisitiva y al creciente dinamismo de las actividades de intercambio, ya no hubo límite a la ambición productiva ni freno a la acumulación de riqueza, expresada en monedas y en metales preciosos.

Así fue creándose para un reducido número de privilegiados la venturosa posibilidad de disfrutar, según la frase de Cantillon, no sólo de los alimentos, sino de "las comodidades y cosas superfluas que hacen agradable la vida."⁷ Pero mientras eso ocurría en aquel dorado sector, sobre la generalidad de los habitantes de cada país seguía pesando la permanencia en las formas oscuras de una vida precaria. Coexistían en la Baja Edad Media, y siguen perdurando hoy, aunque en menor grado, esos dos "mundos" radicalmente distintos.

Toda la evolución histórica ulterior se ha encaminado por dos rumbos divergentes: la afirmación del privilegio para las clases imperantes, con eventuales sustituciones de titulares del poder económico, de una parte; por otra, los intentos, más o menos logrados, de ciertos sectores de la "zona oscura", por incorporarse a los campos luminosos donde se disfruta plenamente de los goces vitales.

Los pueblos superdesarrollados lo son precisamente porque han ido reduciendo esa "zona oscura" a proporciones que virtualmente significan la desaparición de ese factor retardatario. Con respecto a tales pueblos los *per capita* tienen un auténtico valor representativo, pues se refieren a las áreas totales y al conjunto de la población. No quiere decirse con esto que hayan desaparecido las tensiones sociales y que la tendencia a una

⁶ Cf. *Der isolierte Staat in Beziehung auf Landwirtschaft und Nationalökonomie*. (El Estado aislado en relación con la agricultura y la Economía nacional). 3 vols. Hamburgo, 1826, Rostock 1863. 2a. edición. Jena, 1921.

⁷ RICHARD CANTILLON, *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, 1a. edición 1755. Traducción española. México, 1950, p. 13.

equitativa distribución del ingreso se haya traducido en una organización social satisfactoria: pero, por lo menos, la acción del Gobierno trasciende a todas las capas sociales y la opinión de éstas se deja sentir en la condición de los asuntos públicos.

¿Cuál es, en cambio, la situación en los países poco desarrollados? La "zona oscura" sigue siendo un mundo aparte, aferrado a sus formas económicas tradicionales: a esas zonas no llegan ni en lo favorable, los beneficios de la prosperidad, ni en lo adverso, los problemas de las depresiones económicas. Sea cual sea la situación del país a que nominalmente pertenecen, o las conmociones del mundo, sus habitantes vegetan en una vida marginal y miserable, y las preocupaciones universales les dejan tan indiferentes como a los pájaros las incidencias de una gran batalla. Ignoran por igual la superabundancia y la escasez: no entienden de racionamientos, precios topes ni controles, precisamente porque, fuera del magro sustento, no queda nada por intervenir, nada por administrar, nada por cambiar.

Ideas tan sustanciales para el mundo económico moderno como las de ahorro e inversión serían para ellos, si acaso llegaran a percibir las, entelequias sin sentido. Su horizonte cultural alcanza sólo a donde llega su mirada, y hasta la toponimia sale sobrando, pues para ellos no hay más que un poblado, el suyo, ni un río sino "el río" que cruza sus tierras. Periódicamente esos habitantes se descuelgan de sus montañas y caen con sus miserables productos en un mercado semanal pueblerino: pero apenas han conseguido cambiar sus artículos por otros que necesitan, sin que el dinero permanezca en sus manos por más tiempo que el necesario para una nueva transacción, en la que figuran como compradores, retornan a sus lejanos poblados, estremecidos por el contacto con una civilización distinta, para cuya comprensión carecen, incluso, del vehículo del idioma común. No faltan, por otro lado, ejemplos de un puñado de seres primitivos, arrancados de su mísero poblado, a los que una feliz coyuntura traslada a la cultura del riel, del flúido eléctrico, del asfalto y de la mecánica urbana. Pasado un tiempo esos hombres se incorporan a la civilización —prueba evidente del potencial cultural que en ellos se esconde— pero rara vez sienten el anhelo de retornar a sus tierras y de comunicar a sus paisanos la necesidad de esforzarse para encontrar, juntos, el camino que conduce al disfrute de las excelencias de la cultura.⁸

⁸ Cf. la referencia que hace FRANK TANNENBAUM (*México: The Struggle for Peace and Bread*. Nueva York, 1950, pp. 165 ss.) al programa de educación capitalina para el estudiante indígena.

Los grupos hundidos en lo más profundo de esa "zona oscura" no pueden incorporarse por sí solos y caminar colectivamente hacia la civilización. Nada producen de lo que es mercantil en los sectores "luminosos" y, así, nada pueden recibir en cambio: viven en el aislamiento sumiso e ignoran el incentivo del afán de lucro, del espíritu de empresa, del riesgo generador de riqueza. Desconocen el potencial oculto en las entrañas de sus tierras, en sus venas de agua, en sus bosques milenarios. Cuando en su seno penetra la punta de lanza de una gran obra pública, esas gentes tienen que ser movidas por la fuerza a sus nuevos emplazamientos, por ejemplo cuando sus tierras incultas van a ser ocupadas por el vaso de un pantano.

Nuestros gobiernos hispanoamericanos han atisbado el problema de esta "zona oscura", y siguiendo un rumbo tradicional, cuyas raíces llegan a los primeros tiempos de la Colonia, han reconocido, con sentido humano, el hecho del indigenismo dejando que los autóctonos sobrevivan con todo el volumen de sus complicaciones etnológicas y económicas. Los países supercultos, en cambio, han llegado a serlo después de liquidar en sus territorios ese problema mediante el exterminio físico de los pobladores de esas "zonas oscuras", salvo las "reservas" que constituyen una concesión al *folklore*.

Pero apenas si se ha pasado, en los pueblos atrasados, de ese umbral de intenciones humanitarias. Las obras de planeación escogen, como los antiguos monjes misioneros, los oasis de prosperidad futura para el desarrollo de sus promociones, pero se detienen ante la hosquedad de las civilizaciones prehistóricas. Algún atrevido explorador o etnógrafo, algún ingeniero tenaz penetra, a veces, en las tierras vírgenes, animado por el fuego mismo que animó a los conquistadores, y de su aventura surge la posibilidad de plantar, en la orla de estos mares de piedra, una factoría comercial, a estilo fenicio. A muchos de esos sitios llega primero el avión que el simple vehículo de ruedas, como ocurrió con la Gran Sabana de Venezuela, cuyas arenas auríferas y campos de diamantes están pregonando la realidad del mito de El Dorado. Los aeroplanos traen alambreadas para los campamentos, productos alimenticios y sanitarios para los ingenieros y peones, y piezas de maquinaria con destino a las perforaciones mineras, para retornar, luego, con un rico cargamento de oro y diamantes. El caso es extremo, desde luego, pero ejemplifica la fugacidad de esos contactos, y el escaso fruto remanente para las poblaciones indígenas, que a lo sumo procuran la mano de obra más servil, dedicada a trabajos menudos y mal remunerados.

Si fuera, ésta, una cuestión de unos pocos millares de seres, los gobiernos darían al asunto una solución pintoresca, instituirían una "reserva" o un parque nacional y situarían esos grupos en el plano de una atracción turística. Pero el problema es mucho más grave: se trata de millones de ciudadanos con los cuales se cuenta a la hora del voto y de la conscripción militar, y, por añadidura, existe el peligro de que, antes, esas aglomeraciones lindaban con el desierto, pero, ahora las grandes obras de planeación pueden colocar en la inmediata proximidad de esas "zonas oscuras," otras a las que un golpe de magia política sitúa en posesión de los mayores refinamientos culturales.

Parece como si la solución de ese problema —ya advertido, pero no atacado— se encomendara por los gobernantes a la lenta y espontánea acción de los tiempos, y al efecto que sobre esos territorios desamparados tendrá una carretera cercana o una explotación minera en las inmediaciones. Pero nuevamente se olvida que esas promociones y otras semejantes se implantan muchas veces como un quiste irritante en el corazón de comarcas donde se perpetúan las formas de la vida primitiva. Hay casos en que la separación está netamente marcada por una cerca metálica, como en la "zona del canal de Panamá" o en los campos petroleros del lago de Maracaibo y del Oriente venezolano. Dentro del cercado existen comodísimos *bungalows* con clima artificial, radio, cocinas eléctricas y campos de *tennis*; autopistas de *macadam*, y carros modernísimos; obras de saneamiento e instituciones hospitalarias; centros de investigación y *clubs* de esparcimiento. Basta trasponer la valla, con un simple paso, para que encontremos la malaria y la disentería, la bilharziosis y el tracoma, la oscuridad mental y técnica, el analfabetismo, las industrias paleolíticas, el transporte de carga por seres humanos, la degeneración física, la muerte prematura y la ruina social. Otras veces la barrera material no existe, pero las dos culturas, mejor dicho la "cultura" y la "anticultura", se rozan sin penetrarse, sin que aquélla acabe con ésta, sin que ambos vasos lleguen a ser totalmente comunicantes.

Existe más comunidad de vida entre esas civilizadas factorías y las grandes ciudades metropolitanas del mundo, que entre aquéllas y sus distintos colindantes. Las instalaciones técnicas del *Rand* sudafricano han significado muy poco para la mano de obra no calificada del país o de los inmigrantes hindúes; desde las grandes refinerías del Irán pueden verse caminar, a corta distancia, las tribus nómadas y pastoriles como en la época de las grandes invasiones que arruinaron a Roma.

En los pueblos en pleno desarrollo, como el nuestro, no existe solamen-

te ese antagonismo polar. También alcanza a este planteamiento del problema la realidad de la "diversificación económica". Hay "zonas oscuras" e infernales, manchones celestes de supercivilización comparable a la de las más altas culturas del mundo, y "formas de transición", ayer cerradas a todo intercambio, hoy en pleno purgatorio de hervores sociales, tolvá donde se revuelven pueblos viejos que despiertan y se incorporan, promotores y aventureros, gambusinos y técnicos, políticos, predicadores religiosos, turcos y libaneses, comerciantes internacionales de alto bordo, agentes viajeros y planeadores económicos que manejan por igual el Evangelio y las claves de la diplomacia.

3. *Limitación del campo a investigar.*—Una misma materia puede atacarse desde ángulos distintos. Para el demógrafo o el antropólogo, el etnógrafo o el filólogo el problema encierra sugerencias apasionantes, pero muy bien pueden mantenerse sus distinguidos investigadores en un ámbito de puro registro o catastro social, sin que sus resultados, brillantes para las respectivas ciencias, trasciendan y cuajen en una liquidación ética de tan arduas cuestiones. Para el folklorista de relumbrón, inconsciente servidor del mal político, ese colorido racial encuentra su valor más alto en la supervivencia de las formas primitivas, lejanas de las preocupaciones actuales.

Muchos prestigiosos investigadores del indigenismo reconocen que el enfoque económico del problema está por iniciarse. Esa consideración económica debería encarrilarse, para ser eficaz, por dos distintos senderos: el de la teoría pura, con sus brillantes modelos, y el de la ética económica que ve en nuestra ciencia algo más que una estructura cristalina y aséptica, y pretende conjugar todos los factores culturales —la historia y la geografía, los estudios demográficos, antropológicos, etnográficos y filológicos, la política y la voluntad de acción— no sólo para hacer partícipes de los beneficios de la cultura a las grandes masas, sino para abreviar las etapas que conducen a tan envidiable meta.

Tal es el móvil que inspira el presente ensayo. Su autor se peca de la modestia de sus posibilidades, pero se propone examinar por lo menos los primeros tramos del acceso a esos problemas, con la esperanza de atraer hacia los mismos la atención de investigadores más profundos y especializados, que puedan alumbrar amplias posibilidades de solución, y con el anhelo de seguir profundizando, él mismo, en el examen del problema.

Guardo un profundo respeto y admiración por las investigaciones hasta ahora realizadas en los campos conexos. En modo alguno considero esas ciencias sociológicas como disciplinas ancilares: cada una tiene —como la

Economía— su objeto propio, y, además la oportunidad feliz de contribuir con sus resultados a la elevación del nivel de vida y al ennoblecimiento de la política, premisas de la paz de los pueblos. Para la eficacia de esa acción conviene que los estudios realizados en campos diversos guarden entre sí una coherencia y armonía que los haga doblemente fecundos, con una fecundidad hasta ahora inexistente.

Podía suponerse que un tipo de exploraciones como la presente se alejan de la zona habitual de nuestros trabajos como economistas. Mi opinión al respecto es radicalmente opuesta: las investigaciones económicas no se realizan con un puro afán contable, ni con el propósito de sugerir esquemas abstractos y jugar con ellos, al margen de la realidad. Todos nuestros esfuerzos desembocan en una obra de planeación, nacional primero, y universal después: el problema es de selección juiciosa de medios escasos, con propósitos de obtener el máximo rendimiento útil. Pero es que, además, ni los cónclaves internacionales más empeñados en limitar las investigaciones a su expresión en número y medida pueden liberarse de aludir, como *ultima ratio* al problema de la justicia o de la injusticia social. Basta releer las comunicaciones de la última asamblea del Consejo Económico y Social en Santiago de Chile (1951), sobre todo las de los altos funcionarios internacionales⁹ para comprender dónde se halla la raíz de la gran lucha de nuestro tiempo, y el verdadero camino de la paz.

II. EL INSTRUMENTAL TEÓRICO

De lo expuesto hasta ahora puede deducirse una mínima conclusión: el guarismo global del *per capita* se presta a graves reparos, lo mismo cuan-

⁹ Trigve Lie, Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas, pronunció las siguientes palabras, en la sesión inaugural de esa Asamblea: "Los ingresos mundiales están hoy distribuidos menos equilibradamente que antes de la Guerra. A menos que se tomen medidas audaces, tenderá a aumentar, en vez de disminuir, la diferencia entre los niveles de vida de las naciones desarrolladas y las poco desarrolladas". "Se ha planteado la cuestión de si... los grandes problemas que hoy se presentan, y se presentarán, en los próximos años, en el sector del fomento económico y social de las dos terceras partes de la raza humana, que aún viven en la pobreza y en la inseguridad... podrán atenderse frente al actual programa de armamentos. En mi opinión la respuesta es que ello puede hacerse si se comprende debidamente el lugar esencial de ese programa de fomento, en los esfuerzos por conquistar la seguridad y evitar el caos mundial. Más aún: es preciso hacerlo si se quiere evitar que el mundo sufra un desastre".

do se refiere a la actividad conjunta de una economía nacional que cuando con él se caracterizan los sectores distintos que, juntos, componen el agregado.

Mientras no conozcamos, respecto de cada *per capita*, en una forma analítica, sus componentes reales; mientras no se expliquen a la vez, con todo detalle, los métodos contables y económicos utilizados para llegar a la formulación de los sumandos; mientras no se tengan, además, en cuenta los niveles culturales en que se hallan situadas las distintas capas de la población, y se hayan apreciado los matices que los respectivos *status* introducen en el cálculo de los datos, los *per capita* serán sólo símbolos burdos de los fenómenos que intentan representar, y la comparabilidad internacional de los mismos resultará inoperante como no sea para el logro de fines políticos solapados.

El problema adquiere todo su volumen cuando lo referimos al cálculo del ingreso nacional. Y ello en dos distintos aspectos señalados por Arthur Smithies,¹⁰ de la Oficina del Presupuesto de los Estados Unidos: para los productores de estadística y para los economistas que como consumidores la utilizan.

Una definición comúnmente aceptada del ingreso nacional¹¹ es la que lo considera como "la suma de los valores de todos los bienes y servicios producidos por la economía en un determinado período, un año por lo general, incluyendo el ingreso recibido del exterior y restando el ingreso que va a parar a manos de residentes en países extranjeros."

Evidentemente esa definición quedará imprecisa si no se aclara qué bienes y servicios se incluyen en ella, explicación que a nuestro juicio sólo será exhaustiva si, además, se precisa quiénes crean esos satisfactores y cuáles son los módulos específicos de su valoración.

Bien conocido es el gran debate promovido en torno a la metodología de estos cálculos. Para unos investigadores sólo puede llegarse a una formulación real cuando el cómputo se haga a base de los *precios de mercado*. Las enormes dificultades de información inherentes a ese método han aconsejado elegir el camino más viable, aunque tampoco exento de problemas, de cifrar el ingreso nacional al *costo de los factores*: dicho guarismo representa, pues "la remuneración conjunta que los residentes indivi-

¹⁰ United Nations. World Statistical Congress. 6-18 Septiembre 1947. Washington, D. C. Actas de las sesiones (en inglés), p. 274.

¹¹ Cf. SIMON KUZNETS, *National Income and Industrial Structure*. Econometric Society. Proceedings. Vol. V. Calcuta, 1947. p. 207; también CARL S. SHOUP, *National Income Analysis*. Boston, Nueva York, 1947.

duales y las entidades colectivas que representan los factores de la producción —mano de obra, tierra, capital y actividades empresarias— derivan de la producción de bienes y servicios.”¹²

La mayoría de los países del mundo con actividad significativa en ese campo de estudios siguen, con ciertas variantes, el segundo de esos dos métodos. Intentan, con mayor o menor éxito, trabajar conforme al primero Argentina, Australia, Canadá, Dinamarca, Finlandia, Francia, Hungría, Indias holandesas y Filipinas.

Recomiendan los tratadistas de la materia que toda investigación sobre el ingreso nacional, por tosca e incompleta que sea, contenga una definición de dicho ingreso de acuerdo con las modalidades del país respectivo, así como informaciones específicas sobre un cierto número de cuestiones conexas. El economista J. B. D. Derksen, Jefe de la Sección de Estadísticas del Ingreso Nacional y de la Oficina de Investigaciones Estadísticas de las Naciones Unidas, hace figurar a la cabeza de esas informaciones suplementarias una titulada así: “Partidas no monetarias”: entre los cinco subepígrafes que ese apartado comprende, el número 4 es: “Consumo de artículos de producción propia de los agricultores, y otras partidas similares.”¹³ En esta última parte del rubro, subrayada por nosotros, está incluido, pero no destacado con la debida importancia, el problema de la economía de las “zonas oscuras” como componente del ingreso nacional.

Al examen de algunos aspectos de esta cuestión vamos a dedicar, ahora, algún espacio, comentando las valiosas contribuciones de dos distinguidos especialistas.

*Formulación sumaria de una tesis
de Colin Clark, sobre las etapas
del desarrollo económico.*

En una comunicación presentada por el distinguido profesor australiano a la Conferencia Estadística Internacional de Washington, en 1947, bajo el título “Teoría del desarrollo económico,”¹⁴ señala Colin Clark que no basta proponerse la averiguación del ingreso real, sino que es preciso medirlo en términos de rendimiento por hora trabajada, buscando

¹² J. B. D. DERKSEN, *The Comparability of National Income Statistics*. Cf. nota 10, p. 238.

¹³ DERKSEN, *ob. cit.*, p. 260.

¹⁴ *Ob. cit.* en la nota 10, pp. 112 ss.

primero una unidad de referencia para establecer el valor relativo de los diferentes bienes y servicios.

La *unidad de medida* por él propuesta¹⁵ toma como base los Estados Unidos, durante el período 1925-1934: la cantidad de bienes y servicios que pueden cambiarse por un dólar norteamericano se define como "unidad internacional" (I.U.).

A juicio del profesor de Queensland si queremos proceder juiciosamente al comparar los ingresos reales de un habitante urbano y otro de distrito rural, precisa tener en cuenta que los considerables gastos de transporte y distribución de productos alimenticios para su consumo en una aglomeración urbana resultan economizados por una familia campesina que consume artículos de su propia producción.

En busca de una más precisa valoración de ese sector de ingreso Colin Clark propone que los artículos alimenticios consumidos por el campesino, de su propia producción, deben ser evaluados al precio de *detalle* que se paga por los mismos en una colectividad urbana. Para aforar el ingreso real de las comunidades primitivas —y ahí penetra el profesor australiano en el campo de nuestras preocupaciones— debemos imputar a esos grupos un ingreso equivalente a la diferencia entre el valor al precio de mayoreo y el de menudeo de su consumo de artículos alimenticios, ingreso imputado que constituye una amplia proporción del ingreso real total de la comunidad más pobre.

Colin Clark ha hecho una selección de seis países (China, India, Italia, Holanda, Australia y Estados Unidos) que representan sendos tipos o *fases de nivel económico*.

En China, el país menos avanzado del grupo, la Unidad Internacional representa para el país entero un valor de 3 centavos de dólar; la imputación de ingreso, por evaluación de artículos alimenticios de producción propia, consumidos, a precios de menudeo, representa el 59% del ingreso nacional; el consumo de productos agrícolas vendidos a precio de mayoreo, el 19%; el de productos de manufactura en gran escala el 1%, y el de servicios y productos de pequeña manufactura el 21%. Las cifras correspondientes a esos cuatro rubros, para los Estados Unidos, son en la serie de Clark, conforme al mismo cómputo, 1:10:22:67. Entre esos dos extremos se extienden, con valores distintos los otros países citados.

Colin Clark recuerda el conocido fenómeno de que a medida que crece el ingreso descende la proporción de él, destinada a la adquisición de

¹⁵ *Ibid.*, p. 112.

productos agrícolas —una variante de la ley de Engel. Del mismo modo las comunidades más pobres y estacionarias se abastecen de los productos de un artesanado rudimentario y propio. En cuanto se inicia el desarrollo económico crece rápidamente la demanda de artículos manufacturados, pero con el andar del tiempo, y a medida que el país se enriquece, la industria va sirviendo más bien la demanda de reposición de bienes duraderos y de capital, disminuyendo en cambio la importancia relativa de la producción de bienes de consumo, perecederos, etapa ésta alcanzada por los Estados Unidos hacia 1920.

Tiene, a mi entender, la tesis de Colin Clark una trascendencia y unas posibilidades que rebasan los propósitos mismos de su autor. Su falla única consiste en pensar en términos de países superdesarrollados, es decir, que si bien los Estados Unidos ha alcanzado un alto nivel que, en sustancia, beneficia a la totalidad de la población y al ámbito entero de su territorio, en China —y lo mismo en otros países intermedios— coexisten en variable grado, de acuerdo con las épocas, todos los niveles económicos, según las regiones distintas y los tipos de aglomeración.

Cuando ese caso se da —y tal ocurre en México —opino que sería interesante hacer un intento de delimitar, dentro del ámbito nacional, zonas extensas de nivel distinto, y aplicar la metodología de Clark como si de diferentes países se tratara, procurando definir sus caracteres específicos, rastreando el ritmo distinto de su crecimiento y aventurando una previsión de futuro. El interés de semejante investigación no quedaría limitado al de un puro ejercicio estadístico, sino que procuraría un material de primer orden para políticos y planeadores.

*Formulación sumaria de una tesis de
Simon Kuznets sobre ciertas deficien-
cias en el cómputo del ingreso nacional.*

La Sociedad Econométrica de los Estados Unidos publicó en el tomo V de los debates de la mencionada Conferencia Estadística Internacional, una comunicación titulada “Ingreso Nacional y Estructura Industrial”, presentada por el Profesor Simon Kuznets, de la Universidad de Pennsylvania, miembro del *National Bureau of Economic Research*.¹⁶

Al examinar el significado de la estructura industrial para la medición de la producción total de un país, recomienda Kuznets apreciar “las di-

¹⁶ *Ob. cit.* en la nota 10, pp. 205 ss.

ferencias existentes entre las diversas ramas industriales desde un plano algo más amplio que el puramente técnico de materias primas, procesos de elaboración, productos acabados." ¹⁷

Más que el hecho de si una manufactura consume materias orgánicas o minerales —según el comunicante— importa, a los efectos de computar el ingreso nacional, inquirir las grandes diferencias que existen en la naturaleza de las instituciones económicas bajo cuya égida funciona la industria. Una de las discrepancias —e invierto ahora el orden en que las presenta el Prof. Kuznets— es la existente entre empresas que por sus peculiaridades han de desarrollarse bajo los auspicios del gobierno y aquellas otras que funcionan bajo el régimen de libre empresa: la definición del ingreso nacional variará, así, considerablemente, entre dos países con grandes diferencias de estructura industrial, por lo que se refiere a la importancia relativa de la empresa privada y el Gobierno.

La otra diferencia aludida por el profesor Kuznets es la existente entre una industria desarrollada como parte integral de una economía familiar, en lo esencial autosuficiente y que sólo en pequeña escala se apoya en el mercado, y otra unidad productiva cuya actividad se orienta exclusivamente al mercado mismo. De ello resulta con claridad que la estructura de la industria trasciende al concepto de ingreso nacional, constituyendo dicha estructura una de las expresiones del sistema básico de las instituciones económicas y sociales del país respectivo.

A esta última distinción entre estructuras autosuficientes y estructuras orientadas hacia el mercado se reduce, en fin de cuentas, la que existe entre países industrializados y no industrializados. Según el mencionado autor no es difícil computar el ingreso nacional para un país predominantemente agrícola, cuando la agricultura se halla organizada sobre una base lucrativa, como negocio, por ej.: Nueva Zelanda. En otros, como China o India, donde también la agricultura posee una importancia eminente entre las actividades productivas, pero sus productos sólo giran en el círculo familiar o parroquial, resulta más difícil definir el ingreso de la nación que en los países avanzados, y, además, no es aconsejable emplear los mismos métodos que en estos últimos se aplican.

La consideración de ese formidable hiato y el estudio profundo de sus antagonismos, tendencias a la compenetración de ambos sectores distintos, y perspectivas de liquidación de semejante problema, constituye un atractivo campo de investigación que reclamará copiosos recursos personales y

¹⁷ *Ibid.*, p. 205.

materiales. Sólo sobre el reconocimiento de esa heterogeneidad podemos fundar un verdadero concepto unitario de una economía nacional y de su verdadero ingreso.

Aludiremos de pasada a otras dos proyecciones de esa idea del Prof. Kuznets: una la contenida en el contraste entre países cuya economía tiene el rostro vuelto hacia su propio territorio, y otros cuya vitalidad económica depende peligrosamente del mercado extranjero; otra, la involucrada en la pugna entre industria privada y empresa pública. Con todo su interés, ambas cuestiones quedan fuera de nuestra preocupación. La tesis del referido trabajo del Prof. Kuznets también se refiere con exclusividad al primero de los tres modelos, o sea a la contraposición entre economías sustancialmente autosuficientes y economías con predominio del mercado.

Aquí introduce Kuznets un interesante punto de vista que le será útil en el desarrollo de su trabajo: el ingreso nacional —dice— debe significar, en sustancia, “la medición del volumen neto real de bienes (y servicios) producidos, depurados de toda posibilidad de duplicación e inafectados por diferencias puramente monetarias en los niveles de precios.”

La pregunta que el Profesor se plantea como eje de su razonamiento es la siguiente: ¿qué sucede por debajo de la superficie monetaria de la circulación económica? Lo que interesa, pues, en fin de cuentas, es la producción neta de bienes y servicios que durante un ejercicio económico van a dar a manos de los consumidores finales y las adiciones netas al inventario de bienes de capital en el país.

Apoyándose en las investigaciones de Colin Clark, a las cuales nos hemos referido en el epígrafe anterior, Kuznets llega a concluir que el ingreso *per capita* para cinco naciones muy desarrolladas (Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Austria y Francia), con un total de 290 millones de habitantes, es de 408 U. I., mientras para un grupo de países preindustriales que abarca 1 100 millones de habitantes, el ingreso *per capita* es de 43 $\frac{1}{2}$ U. I. Estirando más el razonamiento se llega a concluir la existencia de un *ratio* de 10 a 1, aproximadamente, entre los Estados Unidos y China, en extremos opuestos de la escala. La diferencia resulta inferior a la que nos daría una mera contemplación visual de ambos países: pero se da el caso extraño de que en un examen más preciso, aun esa *ratio* resulta exagerada.

Clark ha calculado el ingreso para China e India de acuerdo con precios de menudeo, como los que se dan, por ejemplo, en el caso de Inglaterra y los resultados no favorecen a aquellos dos países. Los bajos gua-

rismos del ingreso en los países preindustriales no dan, por otra parte, idea del hecho de la menor sensibilidad de ellas para las grandes depresiones económicas. Además, en la realidad, la media aritmética rebasa el verdadero ingreso de la mayoría de los individuos, por el peso de los grandes ingresos recibidos por un reducido número de titulares.

Esas y otras consideraciones llevan a Kuznets a la afirmación de que "si el ingreso nacional debe ser tan sólo una medida de los bienes que se cambian por dinero, más valdría no intentar la evaluación, en absoluto, para los países preindustriales." Aplicar a estos últimos pueblos las "reglas del juego" estadístico de los países altamente desarrollados, carece por completo de sentido.

He ahí planteado el problema crucial, del cual se ramifican numerosísimas complicaciones a las que no podemos referirnos por ahora.

Enunciación de las correcciones a introducir, con vistas a una mejor confrontabilidad de los datos internacionales.

Entramos ya, siquiera sea brevemente, en el terreno de las propuestas. La falta de datos sólidos presta un carácter conjetural a nuestros razonamientos pero, por lo mismo, abre la posibilidad de discusiones fecundas y estudios cuantitativos de donde salgan por lo menos orientaciones más claras y precisas. Entre tanto, y antes de atacar el examen del caso de México, será preciso decidir sobre algunos extremos de importancia que en forma escueta resumimos a continuación:

1) El peso que puede atribuirse a la fabricación y tratamiento de los bienes destinados al consumo, desde la materia prima hasta el producto acabado, no puede ser el mismo para ambos grupos de países.

2) Otro tanto puede decirse respecto a las facilidades o servicios de transporte que poseen un significado distinto en ambos sectores de cultura y no se traducen necesariamente en un aumento de bienes, sino en ingresos de intermediarios, a causa del proceso de centralización de la producción en los países más avanzados.

3) Una nueva corrección será precisa respecto al producto de las actividades públicas en cuanto se traducen en bienes indirectos, en lugar de bienes directos; en costos, más que en productos reales.

4) Otros ajustes adicionales habrán de hacerse, considerando los dis-

tintos niveles de desarrollo económico, respecto al cómputo relativo a los bienes de capital.

Estas propuestas, derivadas del estudio del Prof. Kuznets permitirán enfocar la medida del ingreso no tanto como expresión del flujo de bienes hasta el consumidor, presente y futuro, sino como auténtica medida de la potencialidad nacional, valorando con mayor exactitud sus grandes factores componentes.

Provisionalmente cerramos este examen sin penetrar por ahora, en el estudio del caso mexicano, a la luz de las ideas expuestas. La discusión de las mismas y los resultados obtenidos como consecuencia del debate permitirán juzgar acerca de la oportunidad, volumen y trascendencia de dicho estudio.

En todo caso la idea que principalmente nos guía es la de contribuir a una mayor precisión en estas cuestiones y nunca la de complicar con aportaciones bizantinas las dificultades ya grandes del problema. En sucesivas comunicaciones iremos presentando los avances ajenos y propios en el intento de resolverlo, particularmente con referencia a los mercados del dinero y del capital, a la política anticíclica y a los programas de fomento, a largo plazo.